

María duerme abrazada a su hijo sintiendo como si de su cuerpo brotara un manantial de amor mucho más fuerte aún que el apasionamiento que la había arrastrado hasta España.

Si pudiera permanecer siempre así, unida a él, sería la mujer más feliz del mundo.

Ella le enseñaría a leer, escribir, y cantar como Andy Changó.

Los abuelitos a los que cuidaba podrían narrarle bellas historias verídicas fruto de su experiencia.

Verían películas, escucharían música, le llevaría a los museos...

Además, con internet, todo el conocimiento humano se encontraba disponible.

Sería simplemente cuestión de averiguar cuales eran las inclinaciones de su hijo y ayudarle a encaminar su vocación.

La verdad es que le gustaría poder sacarle del colegio porque le parecía una especie de prisión en la cual se encerraba a los niños, para apartarlos no sólo del cariño de sus madres, sino para limitar sus capacidades.

Por una parte se sentía como una especie de terrorista por pensar así, aunque por otra le resultaba realmente increíble que Miguel, con seis años y medio, no fuera aún capaz de reconocer ni siquiera las letras.

Eso realmente le desesperaba, el ver que a pesar de tanto esfuerzo como suponía llevarlo cada mañana y pagar montones de tonterías, no sólo no aprendía nada sino que se embrutecía.

Claro que iba a un colegio público en el centro de la ciudad en el que la mayoría de los alumnos eran hijos de emigrantes, como ella misma; y aunque teóricamente eso podría resultar enriquecedor culturalmente, se daba cuenta de que no era así en absoluto.

Los profesores se quejaban de que pasaban la mayor parte del tiempo tratando de pacificarlos y que por eso no lograban enseñarles ni lo más básico.

¿Y si lo que sucedía era que los niños en realidad se estaban sublevando como los presos en las cárceles sin que nadie se hubiera percatado del sentido de esa rebelión?

Eso se le había ocurrido porque no consideraba a los niños como una manada de animales salvajes a los que había que doblegar, sino como ángeles llenos de pureza y sentido común.

En principio la educación pretendía ser igualitaria, pero hasta un tonto, y no digamos un niño, podía darse cuenta de que la coexistencia de colegios públicos y privados segregaba a sus alumnos de por vida.

De todos modos en Argentina el clasismo escolar era aún peor, y aunque ella había tenido la suerte de asistir a un buen colegio, e incluso haber pasado por la universidad, tampoco le había servido de nada.

El criar a Miguel en Europa, además de servirle quizá para volver un buen día con su padre, al que todavía amaba, lo hacía para que pudiera recibir una buena instrucción; aunque cada vez estaba más convencida de que el sistema educativo español resultaba una estafa.

De qué le valía ofrecerle cada día lecciones de civismo y cortesía si luego en su entorno, principalmente el escolar, esos valores eran rechazados, pues los niños violentos y maleducados estaban mejor considerados, dado que la brutalidad triunfaba sobre la delicadeza.

Cómo le gustaría poder salvar a su hijo de todo aquello.

Por eso, tratando de protegerlo de las amenazas conscientes e inconscientes que rondan sus sueños, le abraza notando su ser lleno de una especie de líquido amniótico que recorre su cuerpo, haciéndole sentirse no sólo plenamente viva, sino más feliz de lo que nunca hubiera imaginado.